



Otomí. Huixquilucan.

FREDERICK STARR Y LA FOTOGRAFÍA

Deborah Dorotinsky Alperstein*

En años recientes hemos empezado a prestar mayor atención a las fotografías de los pueblos indígenas realizadas prácticamente desde que el daguerrotipo llegó a México, a finales de 1839. Una mirada a los números viejos de la revista *Alquimia* que publica el Sistema Nacional de Fototecas del INAH permite comprobarlo. Lo que nos ayudan a apreciar estos estudios es la forma en que la fotografía, como herramienta de investigación, como registro de estancias y trabajo de campo, o como imagen comercial, ha permitido la consolidación de imaginarios indígenas diversificados que varían, de acuerdo con las circunstancias históricas, políticas y sociales. Se trata de fenómenos de construcción de lo que historiadores del arte y de la imagen han llamado en diversos momentos –de Warburg y Panofsky hasta Baxandall o Mitchell– “modos de ver”.

Las fotografías que comúnmente se han reconocido en la historiografía de la fotografía y de la antropología en México, como “las fotografías de Starr”, y que ahora presenta en este número la revista *Diario de Campo*, de hecho son imágenes realizadas por dos fotógrafos que acompañaron al antropólogo en sus viajes a México en diversas ocasiones. Es decir, es importante aclarar que, a diferencia de sus contemporáneos que hicieron investigación entre poblaciones indígenas –León Diguét, pero sobre todo de Carl Lumholtz–, Starr no operaba una cámara en México, hasta donde los documentos conocidos nos han dejado ver. Ese trabajo realizado entre los indígenas del sur de México en las postrimerías del siglo XIX fue seguido por un año de trabajo en el Estado Libre del Congo, 1905-1906, con el misionero y explorador Samuel Verter para coleccionar artefactos y material etnográfico para el American Museum of Natural History. En un viaje a Bruselas, preparando esa expedición, Starr hace una

entrada en uno de sus diarios de campo donde nos enteramos que mostró un álbum y algunos retratos –supongo que se refiere al trabajo en México– a los señores De Cuvelier y Albert de Ligne, administradores del Congo estacionados en Bruselas.¹

Indians of Southern México: An Ethnographic Album tuvo una edición limitada de 560 ejemplares. La biblioteca “Juan Comas” del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM conserva el ejemplar número 120 del libro del antropólogo, editado en la ciudad de Chicago en 1899. La copia consultada fue donada por el Dr. Daniel Rubín de la Borbolla al acervo de esta biblioteca en el año de 1986.² Es un volumen en excelentes condiciones y está dedicado al general Porfirio Díaz, presidente de la República mexicana y al Sr. Manuel Fernández Leal, secretario del Ministerio de Fomento.

En el prefacio se nos aclara que el propósito principal del viaje de Starr a territorio mexicano fue el de hacer una investigación sobre los tipos físicos de las “tribus nativas”. Un primer viaje en 1896 fue seguido por el segundo a partir de enero de 1898. En enero, febrero y marzo de 1899 Starr trabajó con las etnias del estado de Oaxaca. El trabajo de investigación comprendió el desarrollo de tres tareas básicas: la medición antropométrica, el modelado de bustos y la toma de fotografías. Para cada tribu Starr hizo medir a cien hombres y a veinticinco mujeres, argumentando que la diversidad morfológica es menor entre mujeres que entre varones. Este es uno de los criterios que nos permite apreciar un prejuicio común en la época, que como organismos biológicos las mujeres eran inferiores a los hombres, asunto que para el caso concreto de Starr implicó dar por sentado que la diversidad somatológica, fisonómica o fisiológica entre los tipos femeninos era menor y no ameritaba mayores estudios.

* Instituto de Investigaciones Estéticas - UNAM.

¹ Starr Notebooks, Nootbook I, pp. 17-18, octubre 7, 1905, en Bruselas (documento en línea), http://anthro.amnh.org/anthropology/databases/common/starr_notes.htm (consultado 15/03/2009). No sólo se convirtió en un africanista peculiar, sino que también mantuvo correspondencia constante con el escritor mexicano Federico Gamboa. Frederick Starr, “Papers”, Special Collections Research Center, Biblioteca de la Universidad de Chicago.

² Daniel Rubín de la Borbolla (Puebla 1907- México, D.F. 1990) fue uno de los fundadores de la Escuela Nacional de Antropología y su primer director. No debe sorprendernos que el álbum de Starr se encontrara en su biblioteca, ya que la línea de estudio de tipos físicos del libro se relacionaba con la formación del antropólogo mexicano. Rubín de la Borbolla se formó en parte con el antropólogo físico checoslovaco-estadounidense, Ales Hrdlicka, con quien se especializó en anatomía comparada, y luego con C. Haddon en Cambridge. Debido a esa formación ocupó el cargo de jefe del Departamento de Antropología Física, que fuera alguna vez del Dr. Nicolás León, en el Museo Nacional. Fue también un importante especialista en arte popular.

Entre cincuenta y sesenta fotografías fueron realizadas para cada grupo étnico, de las cuales había de cuatro tipos: retratos (negativos de 5x7 pulgadas) con una toma de frente y otra de perfil por cada sujeto; grupos mostrando figuras de cuerpo entero destacando la indumentaria (negativos de 5x8 pulgadas); vida cotidiana e industrias (negativos de 5x8 pulgadas), y vistas en formato 8x10 pulgadas. De los bustos en yeso se realizaron un total de cincuenta, como cuatro por grupo étnico.

El texto del álbum es un trabajo de divulgación, ya que los resultados científicos fueron presentados por Starr al Departamento de Antropología de la Universidad de Chicago y publicados en revistas especializadas de la época. Sobre los fotógrafos que lo acompañaron Starr aclara lo siguiente –y ello nos permite apreciar que se trataba de profesionales de la cámara, lo cual puede quizás dar cuenta de la buena factura, la composición y la calidad estética de algunas de las composiciones:

Most of the negatives from which these plates have been reproduced were made by Charles B. Lang of Bluff City, Utah who has made three Mexican journeys with the autor in the capacity of photographer. Plates I, II, III, IV, VIb, VIII, IXa, XI, XII, XIII, XIV, XV, XXIII, XXIV, XXV, XXVI, XXVII, XXVIII, XXIX, XXX, XXXV, XXXVI, XXXVII, XXXVIII, XXXIX, XL, XLV, XLVI, XLVIIIb, XLIX, L, LI, LII, LIII are made from negatives taken by Bedros Tartarian, who was with

the expedition in 1898. It may be stated that most of the plates are reversed in the process of reproduction. As this reversing makes no serious difference in portraits, groups and views, it was hardly considered necessary to go to extra expense in preventing it.³

Este comentario de Starr en el prefacio permite apreciar la nula consideración estética otorgada a las fotografías: “no consideramos necesarios hacer el gasto extra para corregirla” pues parece que no se hicieron esfuerzos por imprimir las imágenes corrigiendo la inversión de la lateralidad. Como cualquier observador concienzudo sabe, invertir una imagen implica alterar la composición por completo. Se trata, pues, de una suerte de visión del mundo “dada vuelta”. Finalmente es el contenido lo que empujaba la empresa, la “captura” de una serie de cuerpos indígenas para un registro que cuantificara sus peculiaridades físicas, revelara su moral intrínseca, desplegara los signos de las supuestas razas. En esos años, el proyecto de realización de lo que el investigador Allan Sekula ha llamado un “archivo general de la humanidad” estaba bien encaminado, y fotografías como las incluidas en el álbum de Starr se realizaban en muchísimas partes del mundo, en particular donde existía un poder colonial que necesitara inventariar y registrar a sus poblaciones colonizadas, en particular si se trataba de sujetos con un color de piel diferente al blanco.⁴ Los archivos de este tipo resguardados hoy día



Tarascas. Uruapan.

³ Frederick Starr, *Indians of Southern Mexico: An Ethnographic Album*, Chicago, Lakeside Press, 1899.

⁴ Allan Sekula, “The Body and the Archive”, en R. Bolton (ed.) *The Contest of Meaning: Critical Histories of Photography*, Cambridge, MIT Press, 1992.

en la CDI (antes INI), la Fototeca del INAH en Pachuca y las muchas fototecas estatales que han surgido desde los años noventa, muestran la intensidad del colonialismo interno, sobre todo el posrevolucionario y el surgido a partir del indigenismo de los años veinte.

En sus textos Starr no revela una personalidad deslumbradora, a los ojos de los investigadores contemporáneos es más bien un ejemplo clásico del racismo inherente a la antropología decimonónica. Es, sin embargo, un producto de su época y como tal hay que juzgarlo. El diario de viajes de Starr revela el desagrado, la incomodidad y los exabruptos de superioridad cultural y racial, y permite apreciar por qué se practicó “antropología de sofá” por tanto tiempo en el siglo XIX.⁵ El espíritu de aventura de un romanticismo “científico” muy tardío anima la construcción de esas masculinidades viajeras y exploradoras que buscaban a esos “otros” humanos en las tierras lejanas. Se trató casi siempre de empresas edificadoras de una virilidad particular, posiblemente enfrentada a un supuesto afeminamiento de la cultura desde el simbolismo finisecular. Starr se refiere muy despectivamente a sus sujetos de estudio, los fuerza a presentarse para las mediciones, las fotografías y la realización de moldes de yeso de sus cuerpos, se queja cuando se embriagan y se jacta cuando logra someterlos. Leídos al lado de las imágenes de su álbum, estos relatos constituyen un discurso adicional al fotográfico que nos permite intuir la agenda del investigador que dirige al fotógrafo. Sin embargo, los fotógrafos no siempre se sometieron a los designios del antropólogo ya que entre las fotografías impresas hay una buena cantidad de tomas de excelente factura. Queda pendiente acercarse a la Universidad de Chicago para encontrar las otras imágenes que no llegaron al álbum. Para esos mismos años en los que Starr estuvo en México, conocemos mejor las historias de las fotografías realizadas por Winfield Scott y trabajadas por Beatriz Malagón, y las tomas realizadas por Carl Lumholtz para el American Museum of Natural History, que trabaja actualmente Eugenia Macías y de las que además ya existe una tesis de licenciatura en la ENAH. Los acervos de ambos fotógrafos han corrido con mejor suerte, ya que



Tarasca.

han podido estudiarse con mucha calma y a profundidad. Lo mismo podemos decir del archivo “México Indígena” resguardado en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM y abordado en mi tesis doctoral.⁶

Estas imágenes que hoy aparecen en *Diario de Campo* deben ser una invitación –como de hecho lo han sido todas las fotografías que la revista ha estado usando de algunos años a la fecha– para provocar a los estudiantes de la ENAH, a los antropólogos, etnólogos e historiadores. Sin duda *Diario de Campo* nos convoca a prestar atención a los acervos fotográficos que resguardan las diferentes instancias del INAH, o que cada investigador conserva de sus estancias de campo, por que en ellos, a través de ellos, en cada “puesta en página”, se despliega silenciosa la historia visual de la práctica antropológica en México. A los investigadores que se acercan a escudriñar estas imágenes/documentos, les esperan versiones aún no reveladas de las formas de ver a las etnias, y construir nuestras relaciones con ellas.

⁵ Frederick Starr, *In Indian Mexico. A Narrative of Travel and Labor*, Chicago, Forbe and Co., 1908.

⁶ Beatriz Malagón, *La fotografía de Winfield Scott: entre la producción comercial y la calidad estética de la fotografía*, tesis de doctorado, México, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM; Deborah Dorotinsky, *La vida de un archivo. ‘México Indígena’ y la fotografía etnográfica de los años cuarenta en México*, tesis de doctorado, México, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, 2003.